

La Contribución del Mundo Virtual al Desarrollo Sostenible

16 de octubre de 2000

Conferencia sobre Dividendos Electrónicos del WRI,

World Resources Institute, Seattle, Estados Unidos

No soy un experto en nada que tenga que ver con lo digital, y ciertamente, tampoco en dividendos. Mis amigos saben cómo soy. Una vez me exasperé a tal punto con una *laptop* que la arrojé por la ventana de mi casa de campo y observé cómo se desintegraba en componentes pequeños sobre las rocas de abajo. Secretamente, mi personal recogió todas las partes y comisionó a un escultor para convertir los restos en una lámpara con forma de payaso, que tal vez haya sido una representación acerca de mis habilidades para la computación.

Dicho esto, ¿les he probado que soy genuinamente un ignorante respecto de este “mundo de cables” (*wired world*). Bien. No obstante, acepté el pedido de Jonathan Lash porque supe que estarían presentes ustedes, los expertos, muchos de los mejores del mundo; y pensé que quizás podría hacer un aporte que resultara útil, desde el lugar de alguien que da opiniones fuertes aunque tiene poco conocimiento técnico. Mi intención es exponer qué piensa un inversor activo y filántropo que no participa de la industria de Internet, sobre los dividendos originados por el comercio electrónico.

Quisiera aclarar, ante todo, que estoy completamente a favor de repartir los dividendos del mundo virtual y de que todos se beneficien ampliamente con ellos. Mi fundación AVINA funciona de manera virtual. Tiene una oficina en Miami y la mayoría de los puestos de trabajo son remotos, excepto los de algunos de los ejecutivos principales. Además, ya no rompo computadoras, sino que trabajo con una de ellas entre seis u ocho horas diarias para AVINA. Hemos hecho contribuciones económicas para trabajos de investigación en Harvard con el propósito de estudiar cómo los países en vías de desarrollo podrían mejorar sus posibilidades gracias al sistema virtual. A través del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), hemos financiado el trabajo de José María Figueres cuyo objetivo era instalar estaciones de Internet en zonas remotas de países pobres. Y financiamos a la organización Endeavor en su labor de contribuir a crear empresas “punto com” en América Latina.

Me inclino a aceptar las estimaciones recientes de Goldman Sachs, según las cuales el comercio electrónico agregará eventualmente unos 400.000 millones de dólares al PBI de los Estados Unidos, como así también la sugerencia de UNDP de que podría agregar 30.000 millones al PBI de Asia y 15.000 millones al de América Latina y los países africanos, si bien personalmente apostaría a un incremento mayor en América Latina.

De manera que soy un creyente. Pero el problema en esta conferencia es que aquí todos somos creyentes. Contarles a ustedes que las implicancias de Internet son extraordinarias equivaldría a afirmar en una conferencia de Greenpeace que las ballenas son unas criaturas majestuosas. Por eso pensé en adoptar una perspectiva diferente y preguntar en voz alta si nos resultará posible llegar, desde este mundo razonablemente interconectado por Internet, a aquel mundo electrónico de maravilla que se describirá varias veces desde este podio.

Veo dos obstáculos. Uno es el mundo empresarial. El otro es el gobierno.

Es raro presentar al mundo empresarial como un obstáculo. El crecimiento del PBI pronosticado por Goldman Sachs resulta mayormente del ahorro de compañías de manufactura pesada; dos tercios de ese ahorro se obtienen gracias al mejor uso de los recursos. Esto se adecua bien al concepto de eco-eficiencia, que consiste en agregar más valor utilizando menos recursos y produciendo menos gasto y contaminación. Este concepto lo desarrollamos hace una década junto con el Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible con el fin de describir la principal contribución de las empresas al desarrollo sostenible.

Pero las empresas grandes, que son las que interesan a los gobiernos, se mantienen suspicaces respecto del mundo virtual. Ciertamente, quieren sacar ventaja del ahorro en costos y de su potencial de llegada, pero se

comportan un poco como San Agustín cuando rezaba: “*¡Dame castidad... pero no todavía!*”. La plegaria de estas empresas es: “*¡Hazme virtual... pero no todavía!*”

Por supuesto, cuando hablo de grandes empresas que constituyen un obstáculo, no estoy refiriéndome a los grandes negocios dentro de Internet y en torno a ella. En rigor, estoy aludiendo a las grandes y antiguas compañías que no aparecen en la revista **Wired**. Si dudan de su ambivalencia respecto de Internet, visiten sus *web sites*. La mayoría no son más que archivos de los cuales pueden bajarse *brochures* corporativos, muchas veces acompañados de advertencias acerca de que descargar el material tomará entre 30 y 40 minutos. Como bien sabe cualquier chico de doce años, la *web* no se diseñó para funcionar como buzón de correo a través del cual recibir información impresa. El analfabetismo de las compañías grandes en cuanto a la *web* es causado, en parte, por la edad de quienes toman las decisiones acerca del estilo y el contenido de los *web sites* de la empresa. Pero creo que también se debe a que esas organizaciones entienden sólo intuitivamente que, poniendo sus empresas en Internet, darán mucha mayor transparencia a sus operaciones. Y las compañías no están preparadas para esto (sobre este tema volveré a referirme más adelante). Por estas razones, las grandes empresas participan como usuarias pero no como actores del movimiento hacia un mundo digital.

El siguiente aspecto también revierte una importancia capital. Si vamos a crear las mejores oportunidades posibles para que todos reciban sus dividendos electrónicos, tendremos que fomentar los acuerdos más grandes y complejos que jamás se hayan dado entre los gobiernos, las empresas y las organizaciones civiles sin fines de lucro. Han escuchado hablar de las PPP, la sigla en inglés de *public-private partnerships*, sociedades públicas-privadas. Yo me refiero ahora a las PPPP, o sea, a las “Sociedades Públicas-Privadas Plus”, aquellas en las cuales todos los socios deberán actuar de una manera radicalmente nueva, un comportamiento que los hará sentir muy incómodos.

La primera dificultad está vinculada con el hecho de que los gobiernos suelen estar integrados por abogados, y los abogados son propensos a establecer leyes y reglamentos. Sin embargo, será el sector privado el que unirá el mundo digitalmente y el que creará oportunidades para las personas pobres y las naciones pobres. Por lo tanto, los gobiernos tendrán que dar un paso al costado, aunque no completamente: deberán cooperar con el mundo de los negocios y con otros gobiernos para crear sistemas –sistemas de comunicaciones, sistemas financieros, sistemas de pago y entrega– que resulten interoperables o compatibles. Y tendrán que hacer esto sin fijar estándares tecnológicos rígidos, ya que la innovación rápidamente convertirá cualquier estándar en algo obsoleto.

Los gobiernos no suelen sentirse cómodos con estos detalles y sutilezas. Por supuesto, su responsabilidad es, en última instancia, procurar que sus ciudadanos estén conectados. Por eso, espero que todos sigan el ejemplo de Costa Rica, que garantiza el acceso universal a Internet a sus habitantes.

Otra responsabilidad de los gobiernos es la de modificar algunas leyes vigentes. Se habla mucho de los emprendimientos “punto com” en América Latina, pero no se comenta demasiado acerca del hecho de que todos tienden a radicarse y trabajar en Miami. Lo que ocurre con esas empresas es que están eludiendo las leyes y condiciones antiempresariales de sus países de origen: malas leyes de propiedad intelectual, malas leyes laborales, malas leyes impositivas, falta de liquidez en el mercado financiero y sistemas educativos pobres que no forman los recursos humanos adecuados. Espero que este éxodo avergüence lo suficiente a sus gobiernos como para hacerlos cambiar todas las leyes hostiles hacia todas las empresas, no sólo hacia las “punto com”. Mi amigo Hernando de Soto ha documentado todos los procedimientos por los cuales pasaron dos personas que dedicaron buena parte del año a visitar oficinas gubernamentales con el objetivo de conseguir una licencia para abrir una pequeña fábrica, una fábrica que únicamente llegó a existir en la imaginación de Hernando. La burocracia en América Latina mantiene a la mayoría de las empresas en la “informalidad”, es decir, bajo una forma ilegal o, al menos, fuera de la ley. Estamos hablando aquí de empresarios pobres, no de las clases medias o adineradas. Hasta que queden fuera de vigencia las normas y reglas antiempresariales, esos empresarios podrán aprovechar muy poco las innovaciones tecnológicas, al tiempo que obtendrán dividendos electrónicos mucho menores.

Los gobiernos se ponen nerviosos cuando se trata de cobrar los impuestos en un mundo interconectado. ¿Cómo se cobra un impuesto al valor agregado de la información? ¿Dónde le cobramos los impuestos a una corporación virtual? Un informe reciente del Instituto de Economía Internacional (IIE), con sede en Washington, afirma lo siguiente:

“El nuevo mercado internacional es rico en información y se maneja a través de la red virtual. El valor se crea por medio de transacciones complejas alrededor del mundo en tiempo real. En contraste, las leyes impositivas y tarifarias se basan en jurisdicciones domésticas, nociones simplistas de la cadena de valor, y una producción y un consumo antiguos”.

El informe pide a los gobiernos que “reconozcan que Internet y el comercio electrónico necesitan un cambio de régimen”. Sugiere el cobro progresivo de impuestos sobre salarios, acciones, etc. ya que éstas son formas de ingreso que Internet ha modificado menos y que los gobiernos controlan más. Como muchos de mis colegas en el Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible, yo pido desde hace tiempo un cambio de rumbo en el orden impositivo: que dejen de gravarse las cosas buenas, como el empleo, y que se enfoquen los impuestos hacia las cosas nocivas, como la contaminación y los desechos. El comercio electrónico brinda un nuevo motivo a los gobiernos para efectuar este cambio de orientación.

Asimismo, el comercio electrónico proporciona a los gobiernos otra razón para hacer algo que tendría que haber sido hecho ya hace mucho tiempo: abordar seriamente la cuestión de la educación. La educación nunca antes ha sido tan perentoria para que los individuos aprovechen las oportunidades y para que las naciones compitan en el mercado global. Pero los niños no votan, de modo que los gobiernos reducen los presupuestos educativos casi a la misma velocidad con que recortan los presupuestos ambientales.

Aquí es donde el empresariado, desempeñando un nuevo rol, debe comenzar a actuar. Siempre les digo a mis colegas empresarios de América Latina que su región no puede competir en un mercado computarizado global, cuando sus estadísticas educativas son apenas superiores a las del sur del Sahara en África. La educación debe convertirse en el tema principal para las empresas de todas las naciones porque es el dispositivo de capacitación idóneo para formar a los empleados y consumidores instruidos que requiere el comercio electrónico. Sé que el empresariado no se siente cómodo involucrándose en temas “sociales”, pero insisto en que la educación es actualmente tanto un tema social como de negocios.

Vayamos ahora hacia otro actor de las PPPP: las ONG's, las organizaciones civiles sin fines de lucro. La revolución en las comunicaciones está mejorando notablemente su eficiencia y bajando sus costos. No resulta difícil imaginar un futuro en el cual las minicámaras digitales registren las actividades de una empresa o de un gobierno durante las 24 horas del día y transmitan esa información a las organizaciones civiles sin fines de lucro, tal como hace la CNN en los períodos de campaña electoral. Ya no estaremos hablando de un incremento en la transparencia: estaremos hablando de una transparencia casi absoluta.

¿El empresariado puede convertir esta nueva transparencia en una oportunidad para que todos, en todo el mundo, sean clientes potenciales que, a la vez, tengan también voz y voto respecto de cómo manejar las empresas? No estoy seguro. ¿Los gobiernos podrán construir formas nuevas y radicales de democracia y participación con esta nueva tecnología? No estoy seguro. Pero sí sé que el *Informe Brundtland* afirma con fundamento que el desarrollo sostenible requiere que los individuos y las organizaciones tengan acceso a la información; tengan derecho a ser consultados y a participar en la toma de decisiones; y tengan derecho a la reparación y la compensación legal. Internet dio en el blanco con el primer requerimiento; podría resultar de mucha ayuda con el segundo; y, al menos, permite alertar en forma efectiva cuando a las personas y a los grupos se les niega el recurso legal. La reciente Convención Aarhus, por la cual los gobiernos europeos garantizan la transparencia y el acceso a la toma de decisiones sobre el medio ambiente, es un modelo que otras regiones deberían emular.

Nuestros propios amigos en el *World Resources Institute* (WRI), lorganizadores de esta conferencia, pese a su apariencia inocente están entre los promotores más radicales de esta revolución. Observen su *Global Forest Watch* (Monitoreo de Forestación Global); éste permite a las ONG's –que utilicen GPS y otras tecnologías de información– monitorear la deforestación y la explotación ilegal, determinar qué compañías están participando y en qué medida, y poner toda esa información en la web. En Gabón se produjo uno de los resultados más interesantes de este trabajo cuando se descubrió que el presidente de ese país estaba involucrado en la explotación ilegal a través de una compañía de la cual era dueño. ¿Dónde podremos escondernos? ¡En qué terminará todo esto! (Estas expresiones alarmistas son un poco irónicas ya que mi fundación ha sido una de las principales y orgullosas patrocinadoras del trabajo sobre el tema forestal del WRI).

Pocas organizaciones no gubernamentales y sin fines de lucro poseen tanto conocimiento del universo digital como el WRI. Describiré otra en un minuto; pero antes quisiera señalar que casi todas las ONG's tienen mucho por recorrer antes de llegar a utilizar las nuevas tecnologías de manera eficiente y poder ofrecer a sus accionistas y partes interesadas un camino más claro hacia el desarrollo de oportunidades y un medio ambiente más limpio. Para eso, deberán dejar de ser opositores ideológicos del mercado global y ayudarnos a encontrar formas para que ese mercado pueda incrementar las oportunidades para los pobres, lo que claramente el WRI intenta hacer.

He referido algunos obstáculos; permítanme cerrar explicándoles por qué me importa tan profundamente que estos escollos sean vencidos. Yo abordo el negocio de la red virtual en términos del desarrollo sostenible, un concepto del cual me convencieron cuando me nombraron Consejero Principal para el Comercio y la Industria durante la Cumbre de la Tierra de 1992.

El desarrollo sostenible requiere educación. Requiere un uso más eficiente de los recursos. Requiere nuevas formas impositivas. Requiere formas más abiertas de democracia basadas en el acceso a la información, la participación en la toma de decisiones y el acceso a la compensación legal. Internet promete el progreso en todas estas áreas.

El desarrollo sostenible –que implica contemplar las necesidades presentes y futuras– requerirá también de crecimiento económico, pero este crecimiento deberá conducir hacia una mucho mayor igualdad de oportunidades. Mi fundación AVINA se asocia con líderes para llevar a cabo sus proyectos de desarrollo sostenible en América Latina. Como dije al comienzo, una de las organizaciones que financia es Endeavor, una organización sin fines de lucro que ha tenido mucho éxito creando empresas “punto com” en América Latina, habiendo generado incluso algunos millonarios “punto com” muy jóvenes. Además de que muchos de ellos están convirtiéndose ya en los nuevos activistas filantrópicos de sus regiones, ¿cómo promueve esta práctica el desarrollo sostenible? Seguramente éste no es el tipo de crecimiento económico necesario para satisfacer las necesidades de las más de 1.000 millones de personas que viven con el equivalente a menos de 1 dólar por día.

Aquí está la conexión. La gente en América Latina tiende a concentrarse en la redistribución de la riqueza en lugar de focalizarse en la creación de riqueza. En consecuencia, exigen una redistribución de recursos en vez de una redistribución de oportunidades para crear recursos. Lo mismo ocurre en África y en muchas regiones de Asia. Creo que ésta es una concepción equivocada de muchos jóvenes radicales en los Estados Unidos y Europa.

Desde la invención de la máquina a vapor, Internet, junto con el hardware y el software asociados a ella, son las mejores herramientas que hayamos tenido para crear riqueza y redistribuir las oportunidades para generarla. Pero la creación de riqueza requiere de una mente positiva. Por esta razón, estoy empeñado en presentar ejemplos y en intentar organizar un entorno empresarial y promover una mentalidad que generen riqueza. Es más, quiero ver a América Latina (y a gran parte del resto del mundo) creando riqueza, no ya a partir de materias primas ni de recursos naturales –de los cuales tenemos una reserva en disminución–, sino a partir de nuestro inagotable caudal de creatividad, inteligencia e información. Porque para “des-materializar” nuestro crecimiento económico, nada puede ayudarnos más que la tecnología de la información.

El comercio electrónico nos ofrece grandes posibilidades para el desarrollo sostenible. Este es, para mí, su dividendo más importante.

Muchas gracias.